

EPISTOLAS
DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO
Á IMITACION DE LAS DE SÉNECA.

EPÍSTOLA III.

Afligete en este destierro largo, mi soledad. Es verdad que aquí estamos solos el preso y la cárcel; mas si me cuentas por vivo, en mí tengo compañía, y nunca me vi más acompañado que ahora que estoy sin otro. Doyme todas las horas, y tengo conversacion con la divina Providencia, el entendimiento; con la soberana Justicia, la voluntad; con los escarmientos, la memoria; razonan conmigo los libros, cuyas palabras oigo con los ojos. Esta asistencia es de academia, no de yermo; nunca, sino ahora, fui todo mio y para mí. Mayor y más preciosa parte rescata en mí la prision, que encarecela, cuanto vale más el tiempo que el divertimiento. Tiénenme cerrado en una cuadra, mas á pesar de las vueltas de la llave estoy libre; detiénenme un cuerpo, á quien paró ántes la vejez que las guardas.

No es poder el mandar que no salga quien no puede levantarse; quien guarda lo que aborrece, mi Lucilio, más peca en cobarde que en avariento: quitenle al más rematado delincuente cepos, cadenas y grillos; pónganle mis piés y mi edad, y gritará que se los vuelvan. El ánimo, que está fuera de la jurisdiccion de cerraduras y candados, se despacha desde la tierra al cielo, y va y viene descansado de jornadas inmensas. Si mis enemigos tienen rencor, yo tengo paciencia. Pueden darme muerte; hazaña es de que se encargó desde que nací

mi propia naturaleza. Si no me quejo de mí, que cada día acabo mi vida, ménos me quejaré del que diere ayuda á lo que hago en mí.

¿Pregúntame por qué estoy preso? Respondo que por lo que no sé; y esto no puede ser poco, y debo de ser muy rudo, pues en tantos años no he podido saberlo. Pues padezco por lo que no sé, padezco por ignorante; si es culpa serlo, despojaránse las ciudades y poblaránse las cárceles. No es la sinrazon que yo esté preso, sino que no lo estén muchos. No diré yo que soy inocente, mas el silencio de mi culpa publica que lo parezco. Las leyes no se deben á sí solas la conciencia de su igualdad, sino al reo. Quien condena sin oír á entrambas partes, puede hacer justicia, no ser justo.

Persuádome que alguno me delató, y que fué mi más familiar amigo: si el ser acusado presupusiera culpa, nadie hubiera inocente. Á quien me dice que es terrible cosa que yo padezca sin causa, respondo con las palabras de Sócrates á su mujer: «¿Quieres que padezca con ella?» Cuando me arrancaron de mi casa, todas las invidias y los odios populares se descansaron atribuyéndome cuantos delitos satisfacian sus venganzas y sus deseos. No fueron ménos derramados en mi castigo, pues me quitaron tantas cabezas, que era menester crearme hidra para crearlos: á mi me preguntaban por mi garganta, hablándoles por ella. Dirás: ¿Qué se hicieron tus amigos? Responderé que siendo muchos, uno sólo traidor; todos los demas más amigos. Desquitóme de la infame maldad de aquel la prodigiosa piedad destotros: aunque estaba labrado para instrumento decoroso, era de metal bajo, como los demas de oro; al exámen del crisol de la calamidad, el uno descubrió su escoria, los muchos sus quilates. Amigos de hierro, cuanto se apuran se pierden. No sólo me fué usura su alevosía, aumentando en los verdaderos amigos la caridad, sino dándome por amigos á cuantos supieron la afectada ruindad de su maligna ingratitud.

Engañó el ánimo del Príncipe, todo clemente y magnánimo, no el entendimiento; pues ya que justamente me trata como a delatado, me permite piadoso vivir como á inocente. Quien más resiste por mí su acusacion criminosa, es el mismo juez, á quien irritó para mi ruina con ella. ¿Cuándo pues se acaba-

rán los trabajos? Necio es quien les espera otro fin, sino el desta vida. Cuidado es de la muerte, y única merced suya; ella trae al dichoso lo que más teme, y al desdichado lo que más desea. Hame dado Dios alta y lastimosa vergüenza sin habérsela pedido; y pidiéndosela, no me ha dado libertad: aquella porque se la dejé, esta porque la quiero para mi albedrío.

Ya, Lucilio, ni la crueldad puede quitarme muchos años (debe decir meses) ni la misericordia permitírmelos. Si alguno se deleita de verme padecer, el climatérico más desafuciado le invidia la duracion; sonle auxiliares en mi favor tantas calamidades como tienen desmoronado mi cuerpo y trillada mi salud. El ceño destas montañas, cuyos vientos rabiosos son súbita locura, traen noche y hivierno; y en un mismo día del verano, que aquí es sólo vocablo, hacen vivir repartidos por las horas todos los meses del hivierno. Este es con tanto rigor frío, que ha menester buscar con qué calentar la lumbre quien quisiere calentarse, pues del fuego sólo se participa el humo, y del abrigo la costa.

¡Dichoso aquel que cuando el mundo está titubeando para desquiciarse, pisa, como yo, el lugar donde han de pisarle y donde ha de caer! Ya se tienden las insignias de la muerte por todo mi rostro, tiempo es de prevenir buen recibimiento al postrero día. Llegue pues, que pues no puedo apartarle, no he de temerle; sólo conviene prevenirle: llevaráme, mas no me arrancará. Desembaracemos los odios y dejemos ociosa la invidia; harto tiempo he sido golosina de su hambre: ya es tiempo de obligarla á que mude á otro pasto su gula, pues sólo ha quedado de mi lo que á los trabajos ha sobrado de asco, no de hartos.

EPÍSTOLA XXIX.

Escribesme, ó Lucilio, el mejor de los hombres, que te aflige ver el mundo revuelto. Dígote que eso es ver el mundo; haz que tu memoria te vuelva al siglo que quisieres, y verás que lamentaron lo mismo. Hoy nos parece más grave, porque lo pasado es relacion de otros, y lo presente carga nuestra; aquello se oye, esto se padece; suspira el que lleva la carga, no el que la ve llevar. No seas de los vulgares que dicen que

todo tiempo pasado fué mejor, que es condenar al porvenir sin conocerle; pues forzosamente dirá el futuro, en llegando, que es mejor este, no por bueno, sino por ya pasado. En el mundo con más verdad se reparte peor y malo, que bueno y mejor. Débanos nuestro tiempo alguna lisonja; muchos han pasado peores, muchos se pueden seguir ménos malos. Hoy por las guerras civiles dices que no se puede vivir; no olvides en cuántas edades desearon no haber nacido.

Nadie jamas fué tan obedecida del mundo como la discordia: perpétuamente reina en los elementos, sin que pueda tener trégua su guerra; no consiente un instante de paz á nuestros humores; si crees á los astrólogos, todo el cielo es una discordia resplandeciente, no hay estrella que no se oponga á otra, y todas militan con aspectos contrarios; con ella vivimos, della somos compuestos, á ella estamos sujetos por naturaleza. Mucho tiene de providencia esta disension, que compone, sustenta y vivifica.

Replicárame que esto no se puede decir de la discordia que introduce la malicia. ¡Ó Lucilio! si miras á quien la permite (que es la eterna Deidad), y no á ella, la llamarás ántes misteriosa que necia, como la llamó Virgilio: *Discordia demens*. Ella castiga lo soberbio y derriba lo mayor; esto es justicia y es verdad, que corre en proverbio: « Con la concordia las cosas pequeñas crecen, con la discordia las mayores caen. » Su oficio es cercenar demasias, y acortar excesos, y corregir grandezas insolentes. Esto más tiene de atencion divina que de favor humano. La cumbre más alta no sólo sale á recibir los rayos, ántes llega á sacárselos á Júpiter de las manos; quien de todos se desiguala, á todos desafia. Ninguno se queja más de la discordia que quien la ocasiona: los progenitores de nuestra república fueron pocos, ladrones de sólo un robo; y multiplicóse con él, hizose poderosa con diferentes hurtos, fuéle fácil á ella sola quitar á todos lo que tenían, y por eso será más fácil que todos la quiten lo que ella sola tiene; ella persuadió contra sí la discordia que la destruye, arruinando á los que la combaten.

Crecer en dominio y señorío es peligroso, y llámase aumento. Enfermedad es de las grandezas no poder hacerse menores, injusticia no poder igualarse; más fácilmente se deshacen todas

que se moderan. Á los reinos poderosos ántes los ejercitan las guerras externas que los menoscaban. Las civiles, no impelidas de alguno, los postran, son contagio que se pega, y discurre por los que viven juntos; y la comunicacion del padre con el hijo es pasadizo de muerte del uno al otro: es parte que respira contra sí el mismo comercio pariente. No hay persona que no confine con su contrario, no se cobdicia lo que se sospecha ú se dice, sino lo que se ve y se pudo contar por la vecindad; las ciudades están habitadas de batallas, las casas de motines, los caminos de rebelion.

El pueblo hambriento no sabe temer, porque sólo teme la hambre, y en padeciéndola no puede sufrirla. Dicen que el sacrilego Vérres, que vino cargado de ocultos despojos y triunfos de la paz, los desnudó; que Catilina les quitó el sosiego; Mario y Silla les derramó la sangre; que les arrebataron la libertad Pompeyo y César; que este sin ser puesto sobre sus cabezas, se subió sobre ellas. Van los soldados despenándose por todas las maldades, delincuentes con las manos y el hierro, sólo en la pobreza pios.

¿Cómo quieres que no esté revuelto el mundo, cuando infinitos miserables piden á pocos poderosos, todo lo que les falta, viendo que les sobra mucho? Mucho sufre la república enseñada á servir, nada la que fuerzan á que sirva; no hay mejor servicio que esclavos sujetos, ni peor que oprimidos. El poder divertido juzga por pequeña diferencia lo que hay de sujeto á oprimido, siendo la misma que del extremo al medio, y la que hay de virtud á vicio. Nunca es principio de la ruina de gran monarquía cosa grande, que dándole cuidado la advirtiera, sino cosas tan pequeñas, que ó las desprecia su confianza, ó no alcanza á verlas desde su cumbre.

Toda esta sangrienta confusion y aparato, que con la muerte y las armas tiene atónito el círculo de la tierra y fatigados los golfos del mar, no se mueve, ó Lucilio, por ti y por mí; designios ocultos son de la eterna Providencia. Cuando Dios castiga, no es porque los hombres agotamos su paciencia, sino porque la desechamos y no la merecemos.

Confórmate pues con que el mundo viva su vida, y déjale tener su condicion. Dispon tu ánimo á padecer los sucesos, no á gobernarlos. Los tumultos que te afligen no los puedes evi-

tar; puedes despreciarlos, porque Dios lo permite, porque lo consiente; palabra es que se ladra contra Dios cuando se pronuncia.

Seamos algunos propicios á Dios, que á todos es propicio. Muchos quieren más enmendar á Dios que enmendarse; estos ni pueden ser más detestablemente impíos ni más ignominiosamente necios.

EPÍSTOLA XXXIX.

Buscar buen entierro y mala muerte, muchos lo hacen y todos lo yerran; morir santamente importa, estar magníficamente enterrado no. Solicitar la comodidad aliñada de sus gusanos y hospedaje opulento para su corrupcion ó cenizas, locura prolija es, que pasa de la muerte; cuidar que el túmulo llegue al cielo y no la alma, más es descuido que cuidado. Cualquier tierra, ó Lucilio, es nuestra madre: ¿cuál regazo nos hará más cariñosa acogida? Ella nos cobra, pues nos debemos á ella. No defraudemos la agricultura de la muerte: semilla es nuestro cuerpo para la cosecha del postrero día; mejor cuenta da de la siembra la tierra que las piedras; más descubren nuestra vanidad las columnas y pirámides que cubren nuestros güesos; acábase con la vida la locura, que aun fuera bien no hubiera empezado en ella. No parezcamos aun despues de muertos, incrédulos, los que ya no somos; ¿puede haber frenesí como pagarse un hombre de que dé admiracion la fábrica que guarda lo que da horror aun considerado? Enjorar el desprecio, ántes es despreciar las joyas que adornarle con ellas; morir dignos de que otros le fabriquen templos, no es pretension, sino mérito; fabricársele á si viviendo, sospechada de que se idolatra y no se conoce. Por mucha riqueza que gastemos en cubrir este polvo, siempre seremos el asco, y el edificio el precio; disfrazar en palacio la sepultura, engaño es, no confesion.

Ya conoces á Décimo Macro, hombre de tantos años, que pudiera haber sido arreo tres veces viejo; tan consumido, que ni ve con los ojos si mira, ni si le miran le alcanzan á ver los ojos, que ya se pierden de vista emboscados en la maleza de las cejas; en quien el movimiento es temblor, y la habla para-

sismo pronunciado. Este pues que de estafar güerfanos y desustanciar con usuras la república ha juntado tantos delitos como dineros, me llevó á que viese la máquina con que ha ilustrado su sepultura, tan espléndida y primorosa, que merecia cubrir las cenizas y reliquias de los Pompeyos ú de los Fabios. Las cláusulas del epitafio pudieran leerse á propósito y ajustadas sobre el cadáver del diyo Julio. Llama al pasajero, para que sepa de quién ha de huir; llámase piadoso, liberalísimo, patricio, padre de la patria, benemérito y otros muchos requiebros que mandó que le dijese el mármol duro hablador. Consideré que este, por mentir aun muerto, se habia de levantar estos elogios; ó por no dejar de hurtar, usurpaba estos blasones. Viéndole á él más acabado que su túmulo, le dije: « Aquí tu cadáver solo falta, no se le hagas desear; más disculpable locura fuera enterrarte vivo por gozarle, que fué erigirle para no gozarle muerto. Ne seas pesado á la tierra, pues pides que te sea leve. » Respondióme: « Aun pienso vivir más que él. » Pondera á cuán largas jornadas destina noventa y seis años. Fabrica túmulo para que se entierre á sí mismo primero que á él; no para sí cuando él muera, sino para que él muera en sí.

Ó mi Lucilio, el negocio principal del hombre es vivir, y acabar de vivir de manera, que la buena vida que tuvo, y la buena memoria que deja le sean urna y epitafio. El acierto está en desnudarse bien deste cuerpo, no en cubrirle con la fanfarría de los jaspes ni la soberbia de las pirámides. De aquellas maravillas en cuya fábrica se derramó el sudor de tantas provincias, sola ha quedado una maravilla, y es, que ya no lo son, y borradas del tiempo, no saben de las cenizas para cuya guarda las levantaron. Otra vez te dije: Á la vida debemos mucho, á la muerte nada.

Ahora, porque la muerte acabe tambien la carta, te digo que debemos morir, y nada á la muerte; mas debemos saber morir. Esto sabe quien á la muerte no le deja otra cosa que le quite sino el postrer aliento, el que ocupa su vida en desembarazar de temores y esperanzas la última hora; digámoslo de una vez: el que es difunto ántes de acabar de vivir.

EPÍSTOLA LXXV.

Desear que todos sean buenos, y creer que lo son pocos, es virtud y cordura. Muchos hombres debe de haber buenos, todos lo deben ser, muchos parece que lo son; y lo son pocos. ¿Qué pues haremos para vivir? No fiarnos de la apariencia ni culpárla, tratémosla como á cosa dudosa; no huyamos della por no ofenderla, no la creamos por no ofendernos; comuniquémosla con recelo, y tratémosla sin peligro. Vivir y dejar vivir es el aforismo de mejor seso para la comodidad política.

Muchos fueron buenos hasta que hallaron quien los tuviere por tales. Muchos se hicieron malos luego que los premiaron por buenos. Hay quien aguarda entre buenas costumbres, para ser ruin, sólo á verse en honra. Otros no se cansan de ser buenos hasta que adquieren con qué poder ser inicios; tienen paciencia para ser virtuosos hasta que adquieren caudal para dejar de serlo. Yo he visto quien daba con piedad lo poco que tenia, hasta que con artificio tuvo mano para quitar á todos lo que tenian. En muchos el reprender los vicios, detestar la crueldad, los robos y adulterios, no es religion, sino invidia. De nadie son tan perseguidos los impios que llegan á medrar, como de los que lo son; codician su dicha, no su enmienda. No los derriban por desagrar el puesto que infaman, sino por ocuparle ellos; frecuentemente se ve acusar un delincuente á otro, no para que le den el castigo que merece, sino para sucederle en el oficio con que le mereció.

Mi Lucilio, los que te parecen rostros, son máscaras; no te detengas en lo que ves, sospecha lo que pueden esconderte. Sabe la traicion reirse, y la venganza mesurarse. La bestialidad podrida pasa por modestia; la tristeza promete consolacion, y muchas veces es invidia. Suspende el juicio, y no le arrojes. Dirás que ¿á quién se ha de creer de quién nos hemos de fiar? Responderéte con el jornal que gané hoy á la leccion. Voz es de Speusippo: « Hase de creer poco y á pocos, antes nada y á ninguno. » Yo digo que ni á nosotros mismos es seguro creer-nos: no hay peores consejeros que el amor propio, nuestros apetitos y afectos. Creamos á la verdad, que nada nos finge; á

la sabiduría, que todo lo mejora; á la muerte, que todo lo iguala; á los libros, que advierten sin interes; á los autores ancianos, que por estar ya desotra parte de muchos siglos, ni pueden lograr los oprobrios ni comprar aplausos con las adulaciones. Su reprehension no enoja al perdido que la lee, ni su alabanza desvanece al virtuoso. Los maestros difuntos son tolerables, porque hablan contra los vicios, con las personas que los tienen, no contra las personas.

Cree, Lucilio, que no se ha de creer en los hombres; no á mí, sino á mi suceso. ¿Conociste á Publio Hatterio, en quien se via decoroso aparato de grandes méritos? Los que dan los nueve meses con el parto: nobleza heredada, y agradable disposicion de la persona, y rostro con lo afable negociador de aficiones; ejercitado en la leccion griega y latina; no derramado en las palabras, ni supersticioso en el silencio; modesto sin afectacion, humilde sin soberbia (repartimiento hazañoso, pues hay muchos que de aquella virtud fabrican este vicio). Ya en él la nieve de las canas aseguraba á la cabeza del humo que arrojan los hervores de la mocedad, olvidado de aquel color el cabello. Estas señas parece que van á dar á la igualdad de Sócrates ó á la entereza contumaz de Caton. Así lo juzgué, mas llevaron otro camino. Tú le viste, y toda Roma, no sólo amigo mio, sino amartelado, y que en cinco años le fué continua estacion mi quinta. No conté dia alguno sin dos asistencias tuyas; tenia quejoso mi estudio lo prolijo de su continuacion. De su boca supieron muchos el agradecimiento, que, no por pequeños beneficios, me debia. Nada tan público, sino su maldad despues. Persuadió la fantasma destas cosas á César que le colocase en grande ministerio. Primero engañó á él y á la república que á mí. Esto refiero, no por consuelo, que fuera perezoso; no por disculpa, que fuera necia; sino por gravámen á su iniquidad y á mi ignorancia. Persuadióme la familiaridad que el afeite era hermosura propia, engaño afrentoso á ojos enamorados.

Vino un dia rebosando su interior, comunicóme una ingratitude infamemente alevosa contra la persona á quien se debia todo. Advertile con severa verdad de su descamino, convenciéndole su intencion sin respuesta. Restituyóse á su cautelosa hipocresia; llamóme su remedio, su amparo, su padre, abra-

zóme repetidamente; dijo que habia nacido de mi advertencia. *Crimine ab uno disce omnes*, y reconoce las zalemas y los requiebros de la traicion. Fuése; y sospechando que yo seria como él, y que en su acusacion fundaria mis aumentos, maquinó contra mi calumnia que obligase al príncipe me relegase á Córcega, porque la distancia y prohibicion del comercio asegurase los sustos de su conciencia. Yo, que pudiera reconocer que quien era traidor á quien debia mucho más, no repararia en serlo conmigo, sólo asisti á agradecerme el haber servido al confidente. Ejecutóse mi proscripcion, y toda la tarde que precedió á la noche en que fui arrancado de mis huertos, se estuvo conmigo, haciéndose guarda de sus miedos. Tú sabes con cuán insolente desden á otro dia volvió el rostro á mis libertos y le escondió á mis amigos, y que aun le faltó vergüenza para correrse de los que se afrontaban de verle. Carga la consideracion sobre las circunstancias desta maldad, y verás que no sólo los anzuelos engañan con el cebo y disimulan la muerte en la caricia. ¿Qué se podrá creer, si en creer esto y á este me engañé? Por esto te aconsejo que ni á mí me creas, pues me dejé engañar, y que creas á mi suceso, pues te enseña con mi desengaño; dichoso eres, mi trabajo hace la costa á tu escarmiento. Creer á los acontecimientos ajenos es felicidad y ahorro.

¿Quieres saber al Pórtico lo que debo, y á su filosofia varonil? Con ella hice maestro para mí al que sólo quiso ser mi verdugo; hallé la misma usura en sus persecuciones que el niño en los azotes, cuando le hacen que aprehenda lo que le importa saber. Si el malo puede disimular que lo es, y el bueno dejar de serlo, tratemos con sospecha lo que puede ser el uno y dejar de ser el otro. Para penetrar cómo puede ser cualquiera hombre, no necesitamos de salir de nosotros; miremos cómo somos y cuáles hemos sido ó querido ser muchas veces, y veremos cómo es posible que sean los demas.

El mejor caudal de la vida es un buen amigo; bien tan raro, que ha de ser único. Por esto le sucede lo que al fénix: todos le alaban, muchos afirman que le hay y nos le describen, y ni le vieron ni le vemos. Buen amigo, si Dios no le da, nadie presume de saberle hacer ni merecer hallarle. De sus enemigos se han librado muchos, de sus amigos pocos. Reprehen-

diendo yo á Valeriano Scauro, y advirtiéndole era público que cometia adulterio con la mujer del amigo que le tenia en su casa, de cuya liberalidad vivia, respondió: «¿Quieres que busque mi deleite donde no me admiten, y me aguardan con una lanza á la puerta? Donde se fian de mí, tengo la seguridad que les quito.» ¡Qué no hizo este! ¡qué no dijo, pues por su maldad pretendió fuese reprehendido el inocente! Si la puerta armada da más seguridad que el beneficio, mejor es tener la amenaza por llave que al amigo por güésped.

Procuremos, ó Lucilio, que este compuesto de cuerpo y alma tenga amistad con la razon, y no echaremos ménos otro amigo ni peligraremos en alguno.

PLINIO EN EL LIBRO VIII DE LAS EPÍSTOLAS.

C. PLINIO Á GEMINIO, SU AMIGO.

¿Por ventura conoces á estos, que siendo esclavos de todas las maldades, de manera se enfurecen con los vicios de otros, como si los envidiasen; y gravísimamente castigan á los que con mayor cuidado imitan? siendo así que aun á los que no tienen necesidad de la clemencia de otros, nada les conviene tanto como la misericordia? Por lo cual juzgo por sumamente bueno y inculpable á aquel que á los demas perdona como si cada dia pecara, y así se aparta de pecar como si no perdonara á alguno. Segun esto, conviene que observemos en casa, en la plaza, en toda la vida el ser implacables contra nosotros, y piadosos para estos que no saben perdonar sino á sí mismos. Atesoremos en la memoria las palabras que el blandísimo, y por esto tambien máximo, Thrasea repetidamente decia: «Quien aborrece á los vicios aborrece á los hombres.»

Acaso preguntarás con cuál ocasion escribo esto. Cierta persona poco há....; empero mejor cuando nos veamos. Aunque ni entónces. De verdad temo, no sea que el reprehender y referir lo mismo que condeno que aquellos sigan, repugne á esto que principalmente mandamos. Sea quien fuere, y como fuere, cállese; nombrarle, nada tiene de ejemplo; no decir quién es, mucho de humanidad. Ten salud.